



DIMENSIÓN ÉTICA DE LA VIDA LOCAL

Jaime Rodríguez – Arana Muñoz

DIMENSIÓN ÉTICA DE LA VIDA LOCAL

Jaime Rodríguez – Arana Muñoz*

La política municipal ha de enfrentarse al ámbito de lo real concreto. Los pobres en los censos municipales no son normalmente –con la salvedad de las grandes urbes– meros listados estadísticos. A poco que el político local despierte su sensibilidad, descubrirá el rostro de los necesitados, los ojos que lo miran. Sin frivolar, la acción política ha de ser capaz de hacer suyo el lema de marketing de tantas grandes empresas, de hacerlo realmente suyo: ofrecer soluciones personales.

INTRODUCCIÓN

Abordar una cuestión como “La dimensión ética de la política municipal” requiere establecer antes, siquiera sea de un modo general, primero, cuales son los supuestos éticos de los que se parte, y segundo, cuales son las grandes directrices de toda actividad política. Desde esos fundamentos podremos desembocar sin sobresaltos en las exigencias éticas que plantea la política local.

Probablemente nunca a lo largo de toda la historia tantos han hablado tanto de ética. ¿Por qué de repente un interés tan generalizado por las normas que deben regir íntimamente, si podemos hablar así, nuestro comportamiento?. No pretendo dar una respuesta exhaustiva a esta cuestión, simplemente apuntar lo que a cualquiera de nosotros posiblemente le ha pasado por la cabeza con su sola mención.

En el interés actual por la ética hay razones circunstanciales, como los escándalos que nos sirve con mayor o menor intensidad y frecuencia la prensa diaria. Hay razones políticas en este interés desusado, porque la

ética se ha convertido en un valor de primer orden, o cuando menos –hay que admitirlo– como un valor para el mercadeo político. Hay también situaciones de desconcierto, ante las nuevas posibilidades que ofrece la técnica, que exigen una respuesta clarificadora. Pero hay una razón de fondo que justifica plenamente el interés por las cuestiones éticas, e intentaré referirme a ella con detenimiento.

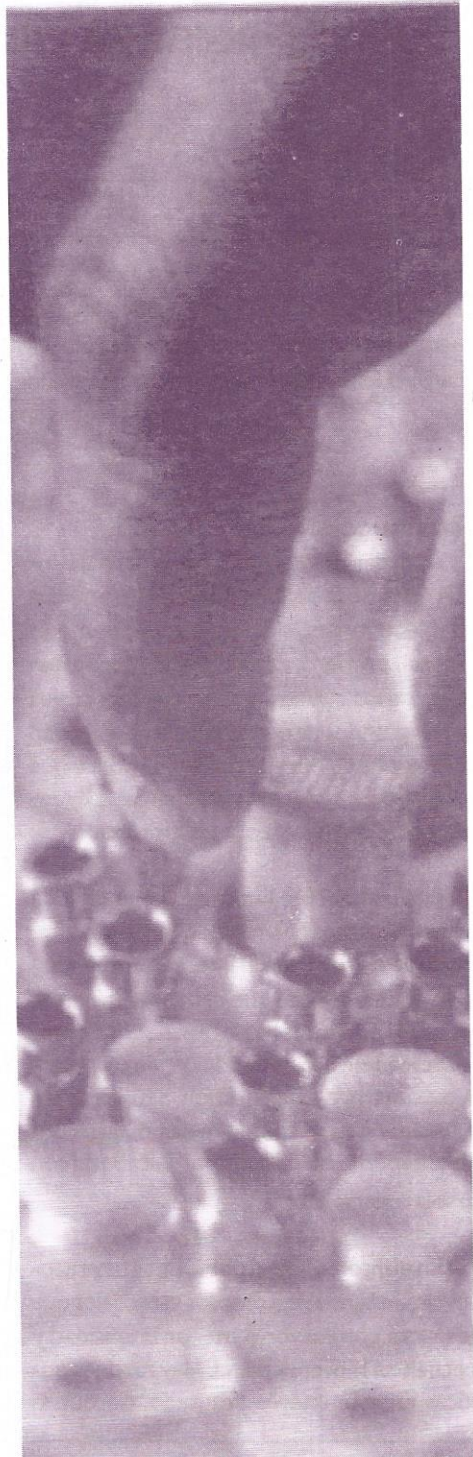
Son incontestables los síntomas de que se están produciendo profundísimos cambios en los modos de vida en todo el planeta, cosa que se pone particularmente en evidencia en las sociedades avanzadas de occidente, o en aquellas otras de dispares ámbitos geográficos que con mayor o menor éxito se han adaptado a las exigencias occidentales de vida. Estos cambios en los modos de vida son tan extensos, y se manifiestan con tal intensidad en las diversas áreas de nuestro vivir –desde la producción, la comunicación, el intercambio a la vida familiar– que muy bien podemos estar asistiendo, como muchos autores han apuntado, a un cambio de civilización.

* Director General del Instituto Nacional de Administración Pública (INAP) de España y catedrático de Derecho Administrativo.

Digamos que una manifestación de todo esto, una experiencia personal de la que todos podemos dar cuenta por su viveza y continuidad, es la incertidumbre y la perplejidad que colectivamente padecemos ante el futuro. Cuando algún experto se atreve a hacer prospectivas sobre el desenvolvimiento de la actividad humana a la vista de los cambios tecnológicos y sociales que se desarrollan ante nuestros ojos, nos describe panoramas que parecen pertenecer, más que a una realidad inmediata, a la ciencia ficción. Y sin embargo están ahí, tan próximos, que a la vuelta de pocos años, en algunos aspectos, se nos muestran superados por la aceleración vertiginosa de los acontecimientos.

Con seguridad muchos de ustedes podrían muy bien informarnos ampliamente sobre algunos de los vectores de desarrollo que la tecnología y la ciencia están poniendo a nuestro alcance, en el campo de la energía, de las telecomunicaciones, o de las investigaciones aeroespaciales, de la alimentación, la bioagricultura, la medicina, etc. etc. La relación podría hacerse tan extensa como los sectores de actividad humana. Y les aseguro que para mí sería de sumo interés escuchar a quien pudiera ilustrarnos en estas cuestiones..., pero tenemos que hablar de ética.

Todo el elenco –inacabable– de cambios en la estructura técnica de nuestra sociedad se traduce –de ahí hemos partido– en cambios profundos, entre otras cosas, en nuestros modos de vida. Y con ellos se produce un derrumbamiento de los valores tradicionales, o más bien cabría decir, de los valores de la sociedad tradicional, entendiendo aquí tradicional en el sentido de una sociedad cerrada, rígidamente estructurada.



SOCIEDADES TRADICIONALES Y SOCIEDADES ABIERTAS

Se ha hablado mucho de la contraposición entre sociedades tradicionales y sociedades abiertas, y sin pretender entrar ahora en el pormenor de la cuestión, digamos que efectivamente es posible discernir en la sociedad que estamos creando, -o “se está”, si ese “estamos” suena demasiado pretencioso-, una serie de rasgos que la caracterizan en oposición con el modelo social que se va quedando atrás.

La democracia, con todo lo que tienen de perfectible los modos en que la articulamos, parece afianzarse universalmente como forma de organización de la vida política; al menos esa tendencia es clara. La participación en la vida pública por parte todos los miembros de la sociedad se enriquece progresivamente, sobre todo en las sociedades avanzadas, posibilitándose la integración de los individuos en la vida social a través de un tejido asociativo cada vez más rico.

El pluralismo alcanza todos los órdenes de la vida, llegando incluso a alcanzar a la cultura, caracterizándose así nuestras sociedades como sociedades multiculturales. La remodelación y desformalización de los roles sociales más característicos de la sociedad tradicional, contribuye, en algún sentido, a crear estructuras más igualitarias y más respetuosas con la condición personal de todos los miembros de la sociedad. La ampliación del tiempo de vida, debido a las mejores condiciones de nuestra existencia y a los adelantos médicos y sociales, está provocando un incremento temporal de dos segmentos de la vida humana -la vejez y la juventud-, con un inaceptable desplazamiento y marginación de sus integrantes.

En fin, es de tal dimensión la avalancha de cambios y en algunos aspectos es tal obsolescencia de los criterios y modos de organización social pretéritos que podríamos afirmar que los valores tradicionales han quebrado totalmente.

Sin embargo no puedo seguir adelante sin hacer una importante salvedad a esta afirmación, una salvedad que ya he apuntado antes, y que nos introduce en una cuestión que a mí, personalmente, me resulta del máximo interés para su análisis, aunque lo limitado del tiempo me impida tratarla como se merecería. Digo esto al hilo de una frase que de seguro han tomado en consideración en más de una ocasión y que a mí me resulta sumamente sugestiva. Me refiero a aquella aseveración de Eugenio D'Ors, de que “todo lo que no es tradición es plagio”.

Lo que ha entrado en quiebra, de acuerdo con lo que venía diciendo, son los valores de la sociedad tradicional, pero siguen con una vigencia renovada, más profunda, más exigente, los valores humanos, los valores que en el sentido d'orsiano de la expresión podríamos llamar “tradicionales”. Porque para mí resulta una evidencia histórica, una evidencia empírica y una evidencia racional -si no es demasiado atrevimiento tanta evidencia- que el hombre no puede en ningún caso partir de cero.

Sólo un angelismo ingenuo o un pretencioso y exacerbado racionalismo puede hacernos creer que somos capaces de empezar desde nada, como si el ser humanos tuviera capacidad de retrotraerse al momento en que un antepasado remoto nuestro fue capaz de alumbrar para la especie caminos inéditos con el uso incipiente de una inteli-

gencia novedosa. En absoluto. El hombre es deudor de su biología, de su biografía, de la cultura y la sociedad que lo ha acogido, de la historia que lo envuelve. De ahí que la afirmación de D'Ors me resulte tan llena de sugerencias: se camina hacia delante remodelando, reactivando lo anterior, o explorando espacios vírgenes cuyo descubrimiento es posible desde las posiciones ya establecidas, o se permanece parado en el punto a que hemos llegado.

Un escolio que podría hacerse a lo señalado anteriormente sería el siguiente: Toda revolución permanece, abre vías nuevas reales, es fecunda en la medida en que innova desde lo construido y pone a salvo —perfeccionándolo— lo que de aprovechable o ventajoso haya en lo recibido. La revolución radical, la revolución total no es capaz de ser otra cosa que pura destrucción. Y en esto nuestro siglo, con experiencias revolucionarias sin parangón histórico, nos ha dejado una enseñanza que no podemos desoir.

Los valores de la sociedad tradicional — los de “nuestra” sociedad tradicional, habría que decir—, repito, han quebrado, pero no lo han hecho los valores humanos, los valores que cimantan toda civilización y cultura posibles, y que de alguna manera son valores de siempre. Y la construcción de una civilización o de una nueva cultura no podrá hacerse sin volver sobre ellos. Pero no se trata de hacer una repetición mimética de la manera en como en tiempos anteriores se han entendido, no se trata de fotocopiarlos o de clonarlos. De lo que se trata es de recrearlos, de remozarlos, de dotarlos de una nueva virtualidad que sólo la inventiva, la imaginación y el poder creador de esta creatura singular que es el hombre puede proporcionarles.



¿QUÉ ES EL HOMBRE?

Así que al reto productivo, al reto técnico y tecnológico, debemos añadir el auténtico reto de fondo que es el reto ético, o mejor diríamos que el reto económico y social nos conduce a enfrentarnos a la cuestión última nunca suficientemente tratada y menos definitivamente respondida. ¿Quién o qué es el hombre?, o más bien, en términos ético, ¿qué debe ser el hombre?

Bien; yo —como muy bien habrán supuesto— no voy a ser quien dé una respuesta a tamaña pregunta. Pero diré además que no podemos esperar que se dé una respuesta cumplida, completa, por parte de nadie a ella. De todos modos, una reflexión sobre el sentido, sobre la finalidad de la política exige indagar la respuesta.

“¿Qué es el hombre?”. También Kant se hizo esta pregunta, cuando proclamaba la mayoría de edad del ser humano, llegada de la mano de la Ilustración. Digamos —por simplificar— que las respuestas que se dieron, a partir de los planteamientos ilustrados, pretendieron desvelar absolutamente el ser del hombre y condujeron por un camino u otro, cuando propugnaban la absoluta liberación del ser humano, a su absoluto sojuzgamiento en manos de los poderosos —en un feroz individualismo— o bajo el poder del Estado —en un totalitarismo más feroz aún—.

Hoy, seguimos como aquel Diógenes, linterna en mano, buscando al hombre auténtico. Pero hoy, cuando nos hacemos de nuevo esta pregunta, debemos volver a aquella precavida —y al tiempo osada— actitud socrática, tan alejada de los dogmatismos modernos como de las vacuidades postmodernas o postestructurales. Si realmente estamos en el umbral de una nueva civilización, y si soso



mos capaces de abordar con un prudente – “razonable”, se diría ahora- optimismo los tiempos venideros, es porque tenemos cierto conocimiento de donde estamos y a donde debemos dirigirnos.

El hombre es un explorador, creo que podemos decir sin decir demasiado, pero diciendo mucho. Explorar significa aquí abrir nuevos territorios a nuestro conocimiento. El hombre es también un colono, lo que aquí significa hacer suyos nuevos mundos, instalarse en ellos. Pero con “explorar” y “colonizar” quiero referirme aquí también a “nuevos modos” de ver, de tener, de ser, de actuar, de vivir. Los “modos modernos” se nos han hecho insuficientes, o mejor, se nos han manifestado como insuficientes, la experiencia histórica nos ha proporcionado esa evidencia. Esto se nos hace presente con tanta obviedad que parece vano repetirlo, pero hemos de considerarlo muy despacio porque creo que de aquí podemos obtener una enseñanza muy sencilla pero muy profunda.

Hoy parece que el desarrollo tecnológico no tiene límites. Es más, parece que el problema que se nos presenta es la asunción de los adelantos que la técnica nos proporciona, ya que la innovación se hace a tal ritmo que puede llegar a antojársenos como indigerible. Pues efectivamente, tal asunción será imposible si no advertimos que el desarrollo de la humanidad no puede caminar por la vía simplista de la extensión de su acción tecnológica, ni por la de su progresiva intensificación, sino que es preciso abrir una vía de reordenamiento de la acción humana, de reorganización profunda, hasta tal punto que hablemos de nuevos supuestos o de un nuevo sentido en su acción. Y a alumbrar ese sentido debe contribuir la reflexión ética.

Pero un nuevo sentido no es sentido *ex novo*. Los conceptos de libertad, justicia, igualdad o solidaridad, siguen y seguirán teniendo vigencia. Las relaciones personales seguirán estableciéndose sobre la base de la amistad, la familia –la relación conyugal, del tipo que sea, y la parental- o la integración cultural. En el futuro, en cualquier futuro, la mejor y más valiosa posesión del hombre seguirá siendo sus propias capacidades personales –muy por encima de sus pertenencias- sustentadas necesariamente en una sólida y al tiempo flexible autodisciplina. Bien, pero las ideas que tenemos de libertad, de familia, de autodisciplina, etc., etc., aunque acertadas, son insuficientes, no dejan de ser insuficientes.

Leonardo Polo explica como una característica esencial del hombre que es un ser en crecimiento, un sistema no simplemente abierto, sino libre, en crecimiento. Me resulta muy atractiva esa observación y creo que muy bien puede ponerse en relación con todo lo que hasta aquí venimos tratando. Si hoy hablamos de crisis de la modernidad tenemos que admitir que este estadio no se resolverá por una renovada afirmación de la cultura moderna, es decir, por la proposición de un nuevo paradigma absoluto, omnicomprensivo, cerrado y definitivo sobre el hombre.

Pero tampoco puede resolverse con un conformista escepticismo, o con la reducción de la acción humana a la consecuencia de un entretenido y trivial juego de interpretaciones. Sólo un impulso creativo y expansivo del hombre puede abrirnos nuevos cauces para un efectivo crecimiento. ¿Crecimiento en qué? En humanidad. Por eso hablaba antes de prudente optimismo. Quien no lo tenga, o quien se vea obligado por su discurs-

so o por cualquier otro motivo a renunciar a él, habrá entrado en una vía muerta de la historia. Serán otros quienes por él abran camino. Y si no ha llegado la hora del fin del mundo y de la historia –que bien podría ser esta ¿por qué no?- alguien lo hará, alguien abrirá esas sendas nuevas, que bien venidas sean, vengan de donde vengan.

El hombre es también –lo estamos viendo- un ser de sentido. Es un ser capaz de descubrir el sentido de las cosas, o los posibles sentidos que encierran, y es capaz también de dotarlas de un sentido. La exploración y colonización de la realidad no es una pura receptividad cognoscitiva pasiva, ni una ocupación mecánica, instintiva, o evolutiva de nuevos hábitats. Se trata más bien de acciones no sólo calculadas sino también –y eminentemente- creativas, es decir, que ponen en juego la capacidad creadora del hombre, al concebir y aplicar nuevos sentidos –distintos, o más plenos y más completos, o “un mejor sentido”- a su existencia.

Y dotar de sentido a la acción es poner en juego la libertad, es elegir. Quiero subrayar la idea de que elegir, dotar de sentido, es –digámoslo así- una elección a largo plazo, que si es una auténtica elección exigirá de nosotros, congruentemente, coherencia y autodisciplina, porque toda elección comporta de algún modo –derivadamente, si no es enfermiza- autonegación y contrariedad, consecuencia necesaria del ser limitado del hombre.

El compromiso que le es exigible al hombre es el compromiso con su propia humanidad, y por si estas palabras pudieran originar alguna confusión aclararé: con su propia realidad de hombre. He recogido en un texto de Millán Puelles una cita de Albert Camus

que dice que “el hombre es la única criatura que se niega a ser lo que es”. Pues ahí está la exigencia que planteamos: la libre afirmación de lo que el hombre es, en feliz expresión del filósofo andaluz. Al hombre le es exigible un compromiso radical con su racionalidad y su capacidad dialógica y con lo que de ellas se deriva, con su condición de ser libre, con la dimensión social de su ser personal, con su capacidad de dotar de sentido la existencia, con su apertura a la naturaleza, el pensamiento, la historia y la realidad en toda su extensión.

MÁS HUMANIDAD

¿Cómo, pues, debe ser el hombre? Más humano, volveré a responder. Más libre, más racional, más comunicativo y afectivo, más respetuoso con la realidad, más innovador y creativo.

Ser más, crecer, no significa rechazar o arrasar los valores que tenemos, sino que significa filtrarlos, purgarlos, y reconocer nuestra insuficiente comprensión de lo que es en toda su extensión el ser humano, su dignidad, y su libertad. Por eso aunque probablemente nadie pueda hacer una descripción de cómo será el mundo que nos deparará el devenir de la humanidad, el hombre seguirá dando un sentido a su existencia, es decir, seguirá rendido a la exigencia de racionalidad y de libertad, o no será hombre. Si me permiten el ejemplo, el hombre que ya no encuentra sentido, que renuncia a buscarlo, que se ve incapaz de darlo se asemeja al corredor de fondo aficionado que, embarcado en una maratón, se pregunta cuando los kilómetros empiezan a pesar, “pero yo ¿qué hago aquí?” –¿a quién no le ha pasado algo similar en alguna situación apurada de la vida?- y se contesta: “yo aquí no pinto nada”. Tal vez siga corriendo por vergüenza

torera, pero si no recupera el sentido, allí mismo se acabó su carrera. Aunque insista en su trote insípido, porque nada significa ya para él la meta, el recorrido, los competidores, o el propio trote machacón.

¿Y cómo se articula la respuesta? Es decir, ¿en qué se concreta ese crecer, ser más en el orden social y político? Ya me gustaría saberlo, pero no lo sé. Lo que si creo saber es que la respuesta se está articulando ahora mismo por la vía de los hechos. Las cosas no funcionan porque un genio universal venga a decirnos cómo tienen que ser, lo que tenemos que hacer y cómo debemos hacerlo. No, pero de hecho se están apuntando ya soluciones, parciales, locales, sectoriales.

Hace falta poner en juego tal vez la *finesse d'esprit* para saber descubrirlo en la multitud de propuestas, de experiencias, de tentativas que se hacen. Pero la respuesta universal que representa una nueva civilización sólo puede darse con un compromiso masivo, abrumadoramente mayoritario, generalizado y personalmente creativo que alcance a todos los campos y ámbitos de la existencia y la vida humana, y a todos los segmentos de la población. Sería una obviedad añadir que particularmente a los más dinámicos, porque si no alcanza a ninguno. Aunque —pensándolo bien— no deberíamos olvidar la virtualidad dinamizadora de las convocatorias que alcanzan el corazón y la mente de los hombres.

Ahora bien, si no podemos siquiera esbozar las nuevas relaciones, las nuevas estructuras que el hombre debe crear, sí podemos tal vez apuntar los valores desde los que ese cambio debe ser abordado, o algunos aspectos del sentido que debemos pro-

poner a ese cambio.

En primer lugar la dignidad del hombre, de la persona, de cada vecino. Me gusta esta expresión "cada vecino", para subrayar la condición de realidad concreta del sujeto a que me estoy refiriendo. Ese individuo —cada varón, cada mujer, en cualquier etapa de su desarrollo— es el portador de la dignidad entera de la humanidad. Diré —aún a riesgo de ser malinterpretado— que en el hombre concreto, en su dignidad, en su ser personal, encontramos la condición de absoluto, o de referente de cuanto hay, acontece y se produce en el universo.

El hombre y los derechos del hombre, que se hacen reales en cada hombre —insisto—, son para mi la clave del arco que queremos construir, y no nos exime esta aseveración de la necesidad de indagar y buscar una comprensión cada vez más cabal y completa de su significado. No me importaría ser tildado de reiterativo por esto, pero para mi la dignidad personal del hombre, el respeto que se le debe y las exigencias de desarrollo que conlleva constituyen la piedra angular de toda construcción civil y política y el referente seguro e ineludible de todo empeño de progreso humano y social.

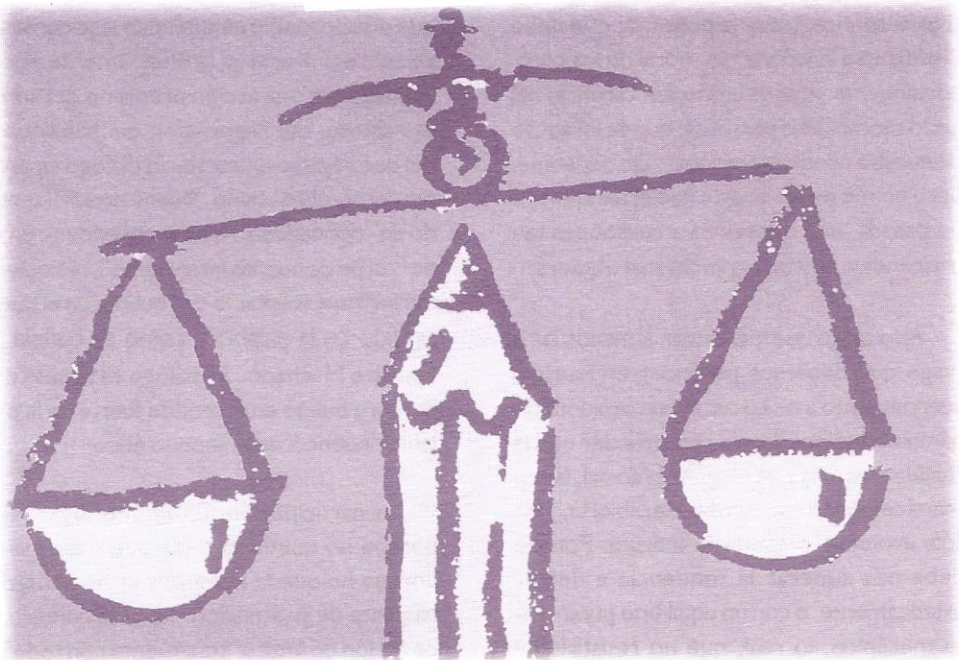
Otro punto de apoyo esencial para abordar esta tarea civilizadora, que es una tarea ética, lo veo en la apertura a la realidad. La realidad es terca, la realidad es como es, y un auténtico explorador no debe dibujar edenes imaginarios en su cuaderno de campo, sino cartografiar del modo más fiel la orografía de los nuevos territorios. Y el colono debe pegarse al terreno y acabar de desentrañar sus potencialidades y encontrar, desde sus posibilidades locales, el mejor modo de satisfacer sus necesidades. La aper-

tura a la realidad significa también apertura a la experiencia. Apertura a la experiencia quiere decir aprender de la propia experiencia, y de la ajena. Quizás haya sido esta una de las lecciones más importantes que nos ha brindado la experiencia de la modernidad: descubrir la locura de creer en los sueños de la razón, que cuando se erige en soberana engendra monstruos devastadores. No hay ya sitio para los dogmas de la racionalidad, incluida la racionalidad crítica. La aceptación de la complejidad de lo real, y muy particularmente del hombre, y la aceptación de nuestra limitación, nos conducirá a afirmar la caducidad y relatividad de todo lo humano –salvo, precisamente, el ser mismo personal del hombre- y a sustentar por lo tanto, junto a nuestra limitación, la necesidad permanente del esfuerzo y el progreso.

Pero lo que estoy haciendo –no se me

mal interprete- es criticar una racionalidad que podríamos denominar absoluta, no la capacidad real de la razón para conocer, aunque sea de un modo todo lo limitado y parcial que se quiera. Es decir, pienso que es necesaria una reivindicación terminante de nuestra capacidad racional para conocer y, si vamos acompañados del acierto, para conocer progresivamente mejor la realidad. Pues bien, para que nuestro conocimiento de las cosas progrese, para que superemos los límites que la modernidad nos impuso, al tiempo que creía que nos hacía dueños absolutos de nuestro futuro, considero que debemos desarrollar lo que he llamado pensamiento compatible.

Debemos desarrollar formas de pensamiento que nos permitan orillar las dificultades originadas por un pensamiento sometido a las disyuntivas permanentes a que nos



condujo el racionalismo. El pensamiento compatible nos permite superar esas disyunciones y apreciar que en la realidad se puede dar unido —y de hecho se da— lo que una mentalidad racional “matemática” —llamémosla así— nos exigía ver como opuestos. Estimo que es un imperativo ético hacer ese esfuerzo de comprensión. Posiblemente nos permitirá descubrir que realmente —como creo— lo público no es opuesto y contradictorio con lo privado, sino compatible mutuamente complementario, o que incluso vienen recíprocamente exigidos; que el desarrollo individual, personal, no es posible si no va acompañado por una acción eficaz a favor de los demás; que la actividad económica no será auténticamente rentable —en todo caso lo será sólo aparentemente— si al tiempo, y simultáneamente no representa una acción efectiva de mejora social; que el corto plazo carece de significado auténtico si no se interpreta en el largo plazo; etc., etc. Que la norma no se opone a la libertad, sino que si es auténtica, justa, la potencia; que debe distinguirse la valoración moral de los comportamiento —que es una exigencia ética— del juicio moral de las personas, que es un abuso de nuestra condición racional...Discúlpame, pero no me he resistido a hacer, aunque sea de pasada, una referencia a cuestiones tan trascendentes y tantas veces mal tratadas.

Pero tengo que mencionar, al menos, otro rasgo que debemos potenciar en nuestro acercamiento a las cosas: el pensamiento dinámico, que nos lleva a comprender que la realidad —y más que ninguna la social, la humana— es dinámica, cambiante, abierta, y no sólo evolutiva, preñada de libertad. Por eso debemos superar la tendencia a definir estáticamente, o con un equilibrio puramente mecánico, lo real, que no resistiría tal encorsetamiento sin sufrir una grave tergi-

versación. A esto venimos refiriéndonos, precisamente. Sobre la afirmación de su ser radical el hombre ha de desarrollar las virtualidades que allí se encierra, tanto en lo que se refiere a su autodesarrollo personal como en lo relativo a la realización de su ser social. Pensar el hombre, la sociedad o la historia, a plazo fijo, con un punto final, como un proceso cuyo cierre vislumbramos, viene a ser negar el ser mismo del hombre. Quizás pueda afirmarse que ese ha sido el más grave error de la modernidad, o el de más graves y trágicas consecuencias.

Estas dos características del pensamiento y del conocimiento que, según me parece, debemos desarrollar y potenciar —el pensamiento compatible y dinámico—, y las anteriores referencias a la dignidad del hombre y la apertura a lo real fundamentan otro de los valores sobre los que debemos asentar nuestra acción: el diálogo. No me extenderé más en esta cuestión, únicamente apuntaré que el diálogo sólo es auténtico si se construye sobre una actitud profundamente ética. El diálogo es una acción propia no del hombre astuto, del negociador, del habilidoso, del que regatea en corto. El diálogo es propio del hombre bueno. Bueno no en el sentido de “bondadoso” —ya me entienden—, en el de “torpe de buenas intenciones”, ni siquiera me inclino a aceptar lo de “bueno, en el buen sentido de la palabra”, como se definía el maestro Machado. El diálogo es propio del hombre bueno en el sentido fuerte de la palabra “bueno”, en el sentido ético.

La participación, en último lugar —no porque no quede ya nada que tratar, sino porque no queda tiempo, y ya he abusado bastante de su atención—, es otra condición de acción de futuro, congruente con todo lo que venimos diciendo. Simplemente me li-

mitaré a recordar aquel principio kantiano de que el hombre no debe ser tomado nunca como medio, sino como fin. Y si lo que buscamos es un crecimiento en libertad, en humanidad, en definitiva, solo podrá hacerse realidad ese objetivo, si cada uno se hace protagonista de sus acciones y de su desarrollo, y posibilita con su actuación que los demás también lo sean. Así entiendo la participación.

LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

La dignidad suprema del hombre, de cada hombre concreto, en cualquier circunstancia, en cualquier lugar, en cualquier momento, es para mí –y creo coincidir en esto con todos ustedes– el hecho incontestable sobre el que ha de basarse la construcción de la democracia. Es más, considero que no es posible establecer un auténtico régimen de derechos y libertades sino es sobre este fundamento.

Y ahí, en el reconocimiento de la dignidad humana, sitúo también la más radical aportación de la modernidad, que en medio de los aberrantes sistemas políticos y sociales que en su nombre se han levantado, parece alzarse como talismán, y también como piedra de toque, de toda construcción futura. Ciertamente que no significa esto un punto final en la tarea ética. Antes parece anunciar esta afirmación el difícil problema de la fundamentación última de esta dignidad. Y ahí está, abierta, la senda para una tarea moral de descubrimiento personal, que si es auténtica nunca acaba.

En mi caso puedo decir que no encuentro cimiento más sólido y firme sobre el que asentar esta convicción, lejos de los avatares y las oscilaciones a los que la someterían los criterios puramente sociológicos, o

racionalistas, que un fundamento trascendente. Pero esta es –insisto– una labor que ha de realizarse personalmente y en la que nadie puede sustituirnos, y que, sea cual sea su resultado, en nada tiene por qué entorpecer que trabajemos todos juntos, cada uno con sus ideas, por hacer mejor el mundo en que vivimos y hacer honor a la dignidad del hombre que tan enfáticamente proclamamos.

Si estos son algunos de los presupuestos éticos básicos –relativos a la finalidad e la acción política y a las condiciones y actitudes del hombre público– desde los que debemos abordar cualquier tarea política, la reflexión sobre su articulación en el ámbito municipal nos pone en el entorno más adecuado para concretar su aplicación.

Si la exigencia ética básica podemos enunciarla de aquel modo atrevido, pero preciso, de que el hombre debe ser aquello que es, convendremos en que la vida, el entorno municipal, reúne las circunstancias comunes, ordinarias, en las que se desenvuelve la vida de los ciudadanos, hasta el punto de que es el entorno municipal el adecuado para la aplicación de aquella expresión a la que ha hecho referencia y por la que tengo cierta predilección, la vida municipal es el entorno de los vecinos.

La acción política debe estar centrada en la persona, que es el desarrollo personal del ser humano el objetivo último de toda acción pública. Ese desarrollo no podrá producirse de un modo forzado, obligado, ni siquiera –apurando la expresión– podemos propiciarlo, porque propiamente sólo en la libertad se produce el crecimiento y la realización personal del propio proyecto, indisociable de nuestra condición de seres con intimidad, con libertad de conciencia.

Pero debemos insistir en que la condición personal mira tanto a la dimensión individual como a la dimensión social del ser humano, en una hibridación portentosa que hace del hombre un sujeto de derechos. Y tal y como yo lo veo, o la política es capaz de acercarse a él, de allegarse a la persona concreta, o será una política fracasada.

EL CIUDADANO MUNICIPAL

La aproximación al ciudadano que propugnamos se realiza adecuadamente como en su ámbito natural en la vida municipal. Se ha repetido hasta la saciedad que la administración local es la administración más próxima al ciudadano, serle accesible. Yo, como administrativista, no puedo hacer otra cosa que insistir en esas dos ideas, que sitúan la política municipal en su dimensión propia. Podríamos decir que la vida política se realiza primariamente, principalmente, en la política local.

Es verdad que la espectacularidad corresponde a otros ámbitos, es verdad que las decisiones más graves pueden ser tomadas en otras instancias. Pero también es cierto que la frialdad jurídica y política del imperio de la ley toma acentos humanos en su aplicación. Alguien dijo "que dicten otros las leyes y que me dejen a mí los reglamentos", queriendo significar que lo verdaderamente resolutivo, lo que alcanza la vida real está en la ordenación más próxima a la vida práctica. Podríamos traducir semejante valoración al campo de nuestro discurso afirmando que en la política municipal se produce la humanización de la vida política.

Sin embargo debo destacar que tal proximidad no puede significar ahogamiento, encorsetamiento. La cercanía que la admi-

nistración local tiene al administrado no puede traducirse en un control rígido de su actividad y de su vida. Tal cercanía debe traducirse única y exclusivamente en la posibilidad de un servicio más real y efectivo. Si cercanía se tradujese en control opresivo, estaríamos socavando la condición básica y fundamental de toda vida política que pueda llamarse así, la libertad. Y la vida municipal debe entenderse antes que ninguna otra cosa como un ámbito de libertad. El utopismo, lo que podríamos llamar ingeniería social, un racionalismo desbordado tiene en la vida municipal el ámbito más tentador por la aplicación de sus recetas salvadoras y organizadoras. Tal tentación se ve agravada por la carga de "irresponsabilidad" de que se pueden ver aquejados ciertos políticos, derivada de la falta de una auténtica autonomía municipal.

Pero la pretensión de organizar la vida municipal desde arriba, contradice enteramente los supuestos sobre los que pretendemos asentar una vida política auténtica. Justamente es la libertad y la participación, un mayor grado de libertad y de participación lo que podemos considerar finalidad última de la acción política, y consecuentemente la tarea política, con todo lo que tenga de proyecto y de aportación de soluciones debe entenderse ante todo como un apoyo a las iniciativas sociales.

Tengo que decirles que la relación entre ética y política constituye para mí un problema tan profundo como la conciliación de aquellas dos dimensiones —la individual y la social— del ser humano. Posiblemente sólo en la vida, en la aplicación práctica que realiza el hombre justo —el hombre en su plenitud moral— se ve esa conciliación de lo apa-

rentemente opuesto o paradójico. Igualmente la conciliación de ética y política tiene su plenitud no en una teoría sino en la praxis del político honrado, digamos del buen político, para incluir también los calificativos de eficaz y avisado, porque un político honrado pero inoperante o tonto no nos serviría de referencia.

Por este motivo una reflexión sobre ética y política no creo que deba ser conducida por los derroteros de códigos éticos, de la deontología, con ser estos de suma importancia en la articulación de la vida democrática. Más bien sería preferible hablar de las cualidades del político, y a ellas he hecho ya antes referencia al hablar de sentido de la realidad, capacidad para el pensamiento dinámico y compatible, disposición para el diálogo, etc.

Pero cabría ahora atender al modo en que debe conducir su acción, a qué debe atender prioritariamente. Si pretendo contestar a esa pregunta atenderé en primer lugar a la realidad que estamos observando en este momento, en las sociedades occidentales, en la articulación de la vida política municipal. En qué se centra hoy la vida municipal: en la atención a la tercera edad, a la mujer, en los niños y la educación, en la maternidad, en la promoción del empleo y en los problemas de la marginación... cierto que esa preocupación puede deberse a circunstancias políticas interesadas: la necesidad de captación del voto de determinados sectores de población, la necesidad de abordar la solución de problemas sociales y culturales –incluso médico-higiénicos– de gran alcance, la urgencia de resolver déficits demográficos que amenazan el futuro de nuestras comunidades... Lo que puedo decir es que, sean los

motivos los que sean, hay una coincidencia muy acentuada entre esos objetivos políticos citados de los que la pura experiencia nos da cuenta cumplida, y aquellos a los que nos conduce una reflexión racional.

LA ACCIÓN POLÍTICA MUNICIPAL

Si tuviera que establecer –siquiera provisionalmente– un orden de prioridades en la acción política municipal –y si pudiera hacerse realmente una segmentación de la vida pública de esta clase– diría que si la finalidad última y más general de la vida política podríamos ponerla en la atención a la persona, la concreción primera de esta finalidad debería establecerse en la atención a nuestros mayores.

No es una casualidad, no es una casualidad, que la sabiduría universal haga del respeto y veneración por nuestros mayores una norma fundante de todo orden social y moral. Supongo que no habría que ir muy lejos para establecer la conexión entre la desvertebración social de nuestras comunidades y la pérdida de ese sentido del respeto a la dignidad de los ancianos. Es de elemental justicia para con quienes nos han dado, nos han transmitido lo que tenemos y somos. Somos humanos –podríamos decir– porque, de alguna forma, la gratitud es justicia colmada.

No sabemos lo que nos deparará el futuro, pero hoy por hoy seguimos siendo de un lugar, de unas gentes. En ese lugar y entre sus gentes es donde el anciano debe sentirse plenamente acogido. Y no sólo pasivamente sino haciéndole ver la utilidad de su servicio para la vida de la localidad en la que se asienta. De tal modo que la edad de la vejez ha de ser sino la edad de la plenitud de la vida, la

de su pleno cumplimiento, y por tanto la del más pleno reconocimiento de su dignidad.

La atención a la mujer debe ser otro de los puntos neurálgicos de la política municipal. Y no me refiero aquí a la consecución de la igualdad plena con el varón, que debe ser, efectivamente, un objetivo político prioritario. Me estoy refiriendo a la especificidad femenina sobresaliente, la maternidad. Haría consideraciones gratuitas quien me atribuyera la reducción de la condición de mujer al papel de madre. Pero es que fuera de ese papel poco tengo que decir sobre su condición, como no sea, en todo, la absoluta igualdad con el varón.

Pero aún a sabiendas de que la atención a la crianza de los hijos no es una tarea exclusiva de la mujer, sería de necios obviar la especialísima relación que nuestra misma condición de primates superiores establece entre la madre y la cría—permítanme que me exprese de este modo—. Es verdad que la cultura y la civilización humanas son capaces de torcer, de enderezar, de perfeccionar, de completar los cauces de la naturaleza, pero a más de una mujer progresista he oído hacer la consideración de que no puede serle arrebatada la capacidad exclusiva de parir. Eso ha de significar necesariamente algo.

La realización plena de la mujer ha de implicar hacer real su capacidad de opción libre a la maternidad, sin que tal elección comporte menoscabo de su vida profesional, o de sus relaciones sociales; y aún una elección más definitiva y completa de dedicación a la vida familiar debe ser considerada como dignísima y enriquecedora de todo el cuerpo social. Por eso tal opción no puede significar el ostracismo social para quien la haga,

encerrada entre las cuatro paredes necesariamente agobiantes de un hogar estrecho y cerrado.

El apoyo al desarrollo de la vida familiar en las múltiples estructuraciones que esta puede tomar me parece una condición de cualquier política humanizadora. La traducción de este supuesto en políticas municipales concretas—muchas de ellas harto experimentadas—puede hacerse muy extensa.

Los niños y su educación es la siguiente finalidad—muy vinculada al anterior, obviamente—que yo explicitaría. Si se me permite haré una única observación, que creo que es concluyente. El medio urbano es, en muchos—demasiados—sentidos, hostil para los niños. Si a tal aseveración se le conceden visos de realidad, debemos concluir que la sociedad que construimos es en algunas de sus facetas monstruosa. Tal vez esa condición tenga su raíz en la misma entraña de la constitución de nuestra sociedad, en su carácter competitivo, consumista, agresivo, permisivo... No podemos esperar—como ya he señalado—la llegada o la invención de soluciones definitivas. Hoy por hoy, en la política municipal la acción que mejor puede obviar las condiciones que hacen de nuestra sociedad, un medio inhóspito para nuestros niños. No será necesario que descienda a ejemplificaciones obvias.

La complejidad de la vida en las sociedades desarrolladas se traduce en la necesidad de buscar fórmulas que permitan el desarrollo personal a través de un contacto más específico e intenso, de acuerdo con los intereses e inquietudes personales, de unos ciudadanos con otros. Se trata de enriquecer, de favorecer el enriquecimiento de la vida

asociativa, en todos los escalones y ámbitos: el deporte, la cultura, la relación social, el entrenamiento, son ocasiones inestimables – por reales- para el enriquecimiento personal. Esta es la difícil combinación, el difícil equilibrio que se le pide a la vida política, los mismo que a la vida personal: hacer compatible una sólida autónoma personal y un denso y rico tejido social.

Me referiría ahora a la integración social, la atención a los marginados, a los más desfavorecidos, a las familias desintegradas, a los que precisan de modo especial atención médico-sanitaria, etc. Es posible que nuestra sociedad no sea capaz de articular una respuesta satisfactoria a tantas necesidades como se descubren, en buena parte ocasionadas por su misma estructuración. Pero no podemos esperar ni aspirar estérilmente a una solución universal como los utopismo de toda especie pretenden. Otra vez la política municipal ha de enfrentarse al ámbito de lo real concreto. Los pobres en los censos municipales no son normalmente –con la salvedad de las grandes urbes- meros listados estadísticos. A poco que el político local despierte su sensibilidad, descubrirá el rostro de los necesitados, los ojos que lo miran. Sin frivolar, la acción política ha de ser capaz de hacer suyo el lema de marketing de tantas grandes empresas, de hacerlo realmente suyo: ofrecer soluciones personales.

Hemos hablado de que se trata, en la vida municipal, de llegar a las personas concretas, para responder a sus aspiraciones, sus necesidades y sus inquietudes. Pero la dimensión de los problemas, su complejidad creciente, su extensión –correlativos al desarrollo de nuestras sociedades- parecen



hacer inviable esa fórmula de personalización que se propugna, si no es en el mundo de los sueños. Sin embargo la sensibilidad de nuestros días nos ofrece un instrumento inestimable en el voluntariado, que el político local debe saber actualizar y hacer eficaz. Aquí se hace patente, de un modo incontestable, que la acción política puede considerarse también, y sobre todo, una acción solidaria.

La acción política sólo puede hacerse desde una comprensión abierta de la realidad humana, sin imposiciones dogmáticas

-en abierto diálogo con quienes sean capaces de mirar más allá de su exclusivo interés, abriendo cauces de participación que hagan más asequible a cada uno el protagonismo de su propia existencia. Y la protección del bien superior que es el hombre, cada hombre en su circunstancia, la que fuere -pero más, y sobre todo, cuando lo desfavorece- es el objetivo último, la finalidad de la política. Pues una de sus ramas más nobles, precisamente por ser en muchos aspectos más oscura y al mismo tiempo por estar más en la realidad, es la política local.